9869

Salirse de su esfera.

Gonzalez

12

SALIRSE DE SU ESFERA.

COMPRA Y VENTA
DE
COMEDIAS.
C/ DE Sn MARTIN 2. MADRID

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/salirsedesuesfer23612gome

SALIRSE DE SU ESFERA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

GONZALEZ Y GOLMERINO.

Representada por primera vez en el Teatro de APOLO el dia 27 de Noviembre de 1879.

Al eminente actor y director de escena D. José ... sus amigos

Los autores

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representasion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á PEPITA HIJOSA.

La sencilla historia de esta comedia usted la conoce tan bien como nosotros mismos.

Nos pidió usted que la escribiésemos una obra en el más breve espacio de tiempo.

Hemos cumplido nuestro compromiso.

Pensada y escrita en *doce dias* y ensayada en cuatro, indudablemente nuestras pretensiones no debían ser muchas, y confesamos con la mayor ingenuidad que no esperábamos de manera alguna el éxito que ha alcanzado.

¿Á quién se debe en su mayor parte?

Sin pecar de modestos diremos que á usted principalmente, que con su gracia natural y poderoso talento ha sabido imprimir á esta comedia un valor que en sí no tiene.

Sólo nos resta dar las gracias á los actores encargados de su representacion, que tanto han rivalizado en el mejor desempeño de sus respectivos papeles, y rogar á usted que acepte esta dedicatoria, en testimonio del agradecimiento, admiracion y verdadera amistad de

LOS AUTORES.

PERSONAJES.	ACTORES.
JUANA	D.ª Josefa Hijosa.
CÁRMEN	Dolores Abril.
LA CONDESA DE ***	Cármen Fenoquio.
FERNANDO	D. Ricardo Morales.
SR. RAMON	Mariano Fernandez.
EMILIO	Pedro Ruiz de Arana.
JULIAN	José Gonzalez.
PEDRO	Enrique Oliva.
LEONCIO	Melchor Ramiro.
UN CRIADO	Enrique Terceño.

El primer acto en Madrid; el segundo en un pueblo de Castilla.—Época actual.

(Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.)

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada en casa de la Condesa. Puertas al foro y laterales. En primer término izqnierda, una elegante chimenea con espejo grande, reloj, jarrones y varios adornos de capricho. Delante de la chimenea una mecedora, y al lado una mesita inglesa con timbre, libros, etc.; cerca de ella una marquesa ó confidente pequeño. Á la derecha nn velador grande con algun adorno de sobremesa. En el foro dos grandes espejos. Alfombras, muebles y colgaduras de lujo, etc.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, cuya figura debe ser muy venerable, aparece leyendo, sentada en el confidente junto á la chimenea. CÁRMEN, con traje de calle, entra por el foro.

COND. (Viendo entrar á Cármen y dejando el libro y los anteojos sobre el velador.)
Ya estamos de vuelta?

CARMEN. (Dándole un beso.) Ya.

COND. Por qué no ha subido Blanca?

CARMEN. Me encargó que diera á usted
un beso, y que le anunciára
que esta noche volvería.

613200

Come en casa de Saldaña
y se le hacía ya tarde.
(Quitándose el sombrero, guantes, etc.)

COND. Y qué tal la Castellana,
¿ha estado muy concurrida?

CARMEN. No; la tarde convidaba
poco á pasear. Emilio,
con su yegua jerezana,
como él dice, ha sido hoy
nuestro gentil-hombre. Blanca
le ha embromado de lo lindo!

COND. ¿Qué dice ese tarambana?

CARMEN. Que iba á venir en seguida
á ver á usted.

COND. Le hará falta
dinero, y se habrá acordado
de su tia. Eso le pasa
muy á menudo. Pues hoy
me coge con unas ganas
de echar sermones!...—Y ya
que de sermones se habla
tambien tengo que decirte
á tí...

CARMEN. (Acercándose.) Qué?

COND. (Contemplándola.) Si estás tan guapa!...

CARMEN. De veras? (Con coquetería.)

COND. Pero no importa!
Me tienes muy disgustada
y quiero reñirte.

CARMEN. (Con cariño.) Á mí?
Puedo saber por qué causa?

COND. No es porque tú... pero sí!

CARMEN. Sí... ó no? (Con gracia y acariciándola.)

COND. Si no me engañas
hoy con tus zalamerías!
Siéntate y oye con calma.
(Cármen se sienta á su lado en el confidente.)
Los jóvenes siempre viven
de risueñas esperanzas;
los viejos de los recuerdos;
y como yo de muchacha
puedo ya echar pocas cuentas,

deja que vuelva la cara
á cosas que, aunque pasaron,
presentes en mí se hallan. (Breve pausa.)
Hace ya más de cuatro años,
y la fecha no es muy larga,
que en tu pueblo, en donde estuve
una corta temporada
con motivo de la venta
de unas haciendas, tu casa
me ofreció techo y abrigo
y cariñosa confianza.
Al conocerte allí, sabes
que despertaste en mi alma
un cariño tan profundo...
que tu hermosura y tus gracias
cautivaron mi albedrío!

CARMEN. Señora... (Con cariño.)

COND. Si hoy tu elegancia
y tu belleza y tu porte
me recrean y me halagan,
no fué mi entusiasmo ménos
con la graciosa aldeana
que envidia daba á las flores
que en el valle cultivaba!
Tu padre, humilde y honrado
labrador, se recreaba
en su hija, y yo, envidiosa
del tesoro de tus gracias,
le propuse con empeño
que á Madrid me acompañáras
y en mí una madre hallarías
que en tu porvenir pensára.

CARMEN. No olvido que cuanto soy
debo á usted.
(Con sentida expresion, bajando las ojos.)

COND. (Contemplándola.) Mas qué niñadas
son esas? Crees acaso
que trato de echarte en cara...
Si lo pensáras tan solo
serías conmigo ingrata!

CARMEN. Yo ingrata con usted... nunca!

COND. (Con cariño.) Lo sé, hija mia! Quien te ama

como yo, ¿cómo es posible
que de humillarte tratára?
Ademas, la que es nacida
de padres honrados nada
tiene de qué avergonzarse!
No niego que á mí me agradan
distinciones merecidas,
mas sé bien que en buena causa
la nobleza más hermosa
está, hija mia, en el alma!
Esto es lo que yo quisiera
que tú jamás olvidáras,
y que al recordar tu aldea,
tu familia tan honrada,
en tu corazon de niña,
que en su primavera se halla,
á pueriles vanidades
no dieses jamás entrada.
Yo... de nada te he privado;
te veo lucir tus galas
con infantil alegría,
y me complace y me encanta
verte así! Mas si cifrases
sólo en eso tus miradas,
deploraría el momento
en que á la pobre aldeana
arranqué de su retiro.
Mi fortuna... es bien escasa,
mis años son muchos ya,
mi salud muy quebrantada;
y mañana... si yo falto,
si tu suerte asegurarla
aún no he podido!...

CARMEN. Por Dios!...
No hable usted de eso!

COND. Ya basta,
es verdad. Para un consejo
sobran ya muchas palabras.
Ahora tan sólo me resta
decirte cuál es la causa
de mi sermon.—Hace dias
recibimos una carta

en que decía tu padre
que con tu hermanita Juana
quería venir á verte,
y yo... chocheces de anciana,
creí notar...

CARMEN. (Con expresion.) No... Yo quiero
á mi padre y á mi hermana
como siempre!

COND. Ya lo sé!
Si así no fuera... te amára
yo tanto!—Pero noté
que no te hacían ya gracia
las cosas que de tu pueblo
te decían;—no me extraña
tampoco!—mas no quisiera
que tu niñez olvidáras
y la vanidad viniese
un dia á hacer tu desgracia!
(Variando de entonacion.)
Y aquí se acabó el sermon!
Y en penitencia á sus faltas...
un beso y... quiéreme mucho!

CARMEN. Mucho!... sí señora! (Abrazándola.)

COND. Gracias,
hija mia! Viuda, sola,
sin hijos que me adoráran,
tú has llenado con tu amor
el vacío de mi alma. (Quedan abrazadas.)

ESCENA II.

DICHAS, EMILIO, por el foro, fijándose en ellas.

EMILIO. Grupo expresivo!

CARMEN. Eh!...
(Volviendo la cabeza y quedándose un momento mirando á Emilio.)

EMILIO. (Contemplándola.) Bonita,
como ninguna!

CARMEN. (Sonriendo.) Mil gracias.
EMILIO. Tiita, muy buenas tardes.
COND. Hola! eres tú, tarambana?
¿Qué vienes á pedir hoy?
EMILIO. Tia!... por Dios! Quién repara
en esas cosas!... Yo vengo
solamente á saludarla.
Pero usted tiene un talento
tan superior!... es tan rara
su penetracion!...
COND. De veras?
EMILIO. Que penetra hasta las mallas
de mi bolsillo... vacío!
Méritos que á usted ensalzan
no me los quiera aplicar!
Mi modestia los rechaza!
Usted... todo lo adivina...
y como es tan buena!...
COND. Calla
si puedes!
EMILIO. Lo juraría
por el tesoro de gracias
que conserva usté á su lado!
(Señalando á Cármen.)
CARMEN. Pero, Emilio...
EMILIO. Ah! qué miradas
tan dulces, tan expresivas...
y hasta revolucionarias!
COND. Quieres callar?
EMILIO. No es posible!
Ante la belleza saltan
mis nervios como las cuerdas
de un laud... y es tanta... tanta
la que admiro en Carmencita...
que hasta tiemblo al contemplarla!
CARMEN. Jesús, y qué asustadiza
sensibilidad!
EMILIO. Me mata!
Eso va en temperamentos!
COND. Pues si tanto fuego guardas,
dame el brazo y ven conmigo
al gabinete. Esta sala

está algo fria, y mis nervios
necesitan más templada
atmósfera.
(Emilio ha pasado por detrás del velador para darla el brazo.)

CARMEN. ¿Quiere usted
que la acompañe? (Con cariñosa solicitud.)

COND. No; basta
con este... apunte!
(Se dirigen lentamente hácia el gabinete de la derecha.)

EMILIO. (Ese chiste
le cuesta, yendo mal dadas,
lo ménos... tres onzas de oro!)

COND. Despacito... y buena cara!
—Comerás hoy con nosotros?

EMILIO. Yo nunca me niego á nada
que mi tia me propone!

COND. Ya estás tú bueno!

EMILIO. Me encanta
ver á usted!... (Con zalamería.)

COND. Este ya empieza
á preludiar la sonata.
(Deteniéndose y volviéndose hácia Cármen.)

CARMEN. Si canta bien!... (Sonriendo.)

COND. Demasiado!

EMILIO. Divina... entre las humanas!
(Embobado mirando á Cármen.)

COND. Vamos, hombre!

CARMEN. Cuidadito
con tropezar!
(Á Emilio, que sigue volviendo la cabeza para mirarla.)

EMILIO. Ah!

COND. Anda, anda!
(Vánse la Condesa y Emilio por la derecha.)

ESCENA III.

CÁRMEN, despues FERNANDO por el foro.

CARMEN. Me dejan sola, mejor!

Las cinco. Me desespera (Mirando al reloj.)
su tardanza! Si supiera
la Condesa... oh! no. Valor!
Seré á su exigencia fiel!
Con qué impaciencia le aguarda
mi corazon! Mas ya tarda!
Son más de las cinco! (Aparece Fernando.)
(¡Ah! es él!)

FERN. Cármen!...

CARMEN. Á buena hora vienes. (Enfadada.)

FERN. No ha estado la culpa en mí!
Y me recibes así?

CARMEN. Sí, pues contenta me tienes!
Aunque eso me desespera
cada vez ménos te veo!
Esta tarde en el paseo
ni me has mirado siquiera!

FERN. Pero escúchame, mujer!
No grites; pueden oir...

CARMEN. Te gusta mucho exigir
y no sabes complacer!
Parece que ya te pesa
quererme!

FERN. Puedes pensar?...

CARMEN. Por qué no hemos de contar
nuestro amor á la Condesa?
Por qué no lo ha de saber
todo el mundo?

FERN. Qué locura?
Posponer nuestra ventura
á un capricho de mujer!
Sufrir la extraña inspeccion
de gentes desocupadas,
que espien nuestras miradas
y turben nuestra pasion;
escuchar mil pareceres
y mil chismes en tropel:
uno... «que yo no soy fiel.»
otro. . «que tú no me quieres »
Despertar envidias, celos,
y ocultas rivalidades
y torpes enemistades

y asechanzas y desvelos.
Crezca nuestro amor callado
sin que su voz se desmande,
que el amor cuanto más grande
debe estar más ignorado!

CARMEN. Siempre que una discusion
entre los dos empezamos,
á mi pesar, acabamos
porque te doy la razon.

FERN. Si aun sin tenerla, se infiere
que la pasion siempre ciega,
teniéndola... quién la niega
á una persona que quiere?

CARMEN. (No sé qué extraño poder
ejerce su voz en mí!)

FERN. (Ya me teme... bien va á así!
No es malo hacerse temer!) (Breve pausa.)
Qué hay de nuevo? (Seré humano!)
(Con intencion.)

CARMEN. No sé: nada me interesa...

FERN. Parece que la Condesa
va á París este verano.

CARMEN. Tal creo.

FERN. Y tú? (Con intencion.)

CARMEN. Yo? No sé..

FERN. Ah! sí! Ya no recordaba...
Me dijo que te mandaba
á tu pueblo. Lo olvidé.
(Cármen marca su disgusto.)
Lo siento como lo digo,
porque en París gozarías!...
Acaso conseguirias
que yo me fuera contigo.
Pero tú querrás volver
al pueblo... es justo!

CARMEN. (Qué afan!...)

FERN. Allí te reclamarán
tus amistades de ayer.
Querrás entre ellas vivir,
pues la ocasion se te ofrece,
y yo...

CARMEN. Fernando... parece

que quieres verme sufrir!

FERN. No, Cármen, no; qué locura!
(Procurando despertar su vanidad.
Tú estás llamada á ocupar
la posicion y el lugar
que reclama tu hermosura.
No á vivir oscurecida
en un modesto rincon,
sino á llamar la atencion
y á disfrutar de la vida:
á no sufrir los desdenes
de la suerte y sus ultrajes
á arrastrar hermosos trajes;
y á lucir soberbios trenes!
á que luchen arrogantes,
dándose mútuos enojos
la luz de tus bellos ojos
y la luz de tus brillantes;
y sin que de ello te asombres,
ser, entre gratos placeres,
la envidia de las mujeres
y el encanto de los hombres!
Eso es lo que debes ser,
y eso mi amor te prepara:
vuelva de nuevo á tu cara
la expresion de tu placer!
No así se apaguen sombríos
de tus ojos los destellos,
que cuando se nublan ellos
le falta luz á los mios!

CARMEN. Qué ventura!
(Que habrá oido con creciente expresion de alegría la relacion.)

FERN. Te agradó
lo que mi amor te ofrecía?

CARMEN. Fernando!... (Con amor.)

FERN. Cármen! (Ya es mia!)
(Cogiéndola la mano y besándosela.)

EMILIO. (Entrando y viéndolo desde la puerta de la derecha.)
(Caspitina!) Estorbo?

FERN. (Rápidamente.) No.

ESCENA IV.

DICHOS, EMILIO.

CARMEN. (Emilio!... Si habrá observado?...)
FERN. (Me ha cogido de sorpresa!)
EMILIO. Carmencita... la Condesa
á llamarla me ha mandado.
CARMEN. Voy al punto.
EMILIO. (Aquí los dos
solitos!)
CARMEN. (En tí confío!)
(Rápidamente á Fernando.)
EMILIO. (Uy!... qué miradas, Dios mio!)
(Observándolos.)
CARMEN. Hasta luégo.
FERN. Adios.
CARMEN. Adios.
(Váse Cármen por la derecha.)

ESCENA V.

FERNANDO, EMILIO, despues PEDRO por el foro.

EMILIO. Bien, hombre... Tu gusto alabo!
FERN. No, no vayas á pensar...
EMILIO. Te atreverás á negar...
FERN. Considera...
EMILIO. Bravo! bravo!
Lo has hecho bien... eres diestro!
FERN. Vas á hacer que el juicio pierda!
EMILIO. Conque así por bajo cuerda!...
bravísimo... de maestro!
Mientras ninguno lo olía
tú ganabas esta lid!
No en balde todo Madrid
aplaude tu maestría!
Lo mereces... es verdad.
FERN. Pero me quieres oir?
No vayas á presumir
alguna barbaridad!

EMILIO. Hombre, no soy mal pensado,
y en estos asuntos graves!
Conque... cuéntame... ya sabes
que yo soy muy reservado!
Recuerdas aquel ardid
que le jugué á la de Tello?
Allí probé...

FERN. Pues si aquello
lo supo todo Madrid!

EMILIO. Que lo supo!... (Con gravedad cómica.)

FERN. Y hay testigos...

EMILIO. Sería algun indiscreto!
(Con la misma gravedad.)
Yo se lo dije en secreto
lo más... á unos veinte amigos.

FERN. (Sonriéndose y con aire de proteccion.)
Tú eres mozo de valor
y por mi cuenta te tomo,
ten reserva, ten aplomo
y serás... un profesor!

EMILIO. Piensas tú que?...

FERN. Ya lo creo!
Listo, gentil, de ilusiones;
tienes cuantas condiciones
puede soñar el deseo.
Te falta que la experiencia
aun te acabe de ilustrar
para poder penetrar
los abismos de la ciencia.
Mas lucha con confianza
mientras ese ardor te sigue,
que á veces la fé consigue
lo que el cálculo no alcanza.
Y á muchos decir oí,
de distintos pareceres,
que en cuestiones de mujeres
no hay quien sepa tanto así.

EMILIO. (Dándose importancia.)
Esa ciencia que proclamas,
con mi carácter me quema;
tú ya sabes mi sistema
que es no andarme por las ramas.

La mujer no me intimida
en general. Yo las veo,
me gustan, y sin rodeo
me voy al bulto en seguida.
Y aunque le temo á un fracaso
llevo pocos hasta el dia!

FERN. (Burlándose de él.) Tú sigues con la manía
de que todas te hacen caso?

EMILIO. Hombre!...

FERN. Si; lo mismo que ántes.

EMILIO. No es esto hablar de memoria.
Tú ya sabes que en mi historia
hay páginas muy brillantes.
La de Ruiz, la de Alvarado,
la de Soto...
(Variando de pronto su pensamiento.)
Aunque te asombres,
yo no quiero citar nombres
porque soy muy reservado!
Mas si por eso no fuera
más de mil recordaría;
la de Sanz, la de García,
Antonia la de Rivera...
Pero es en vano... aunque insistas!
qué quieres!... yo soy así!
que nadie diga de mí
que yo cito mis conquistas!

FERN. No! (Burlándose de él con seriedad cómica.)

EMILIO. (Variando de tono.) La reserva interesa!
—La que sí me ha resistido
con gran teson...

FERN. Á tí?

EMILIO. (Con mucho misterio.) Ha sido...

FERN. Quién?

EMILIO. Cármen!

FERN. Eh?... Tambien esa?...

EMILIO. Todas! Mas esta jornada
no acabó con mucha gloria!
Qué quieres... esa victoria
te estaba á tí reservada!
Nada; ya pasó mi antojo!
Tú la venciste... anda tú!

La chica vale un Perú!
Si cuando yo la eché el ojo!...

FERN. Pero si es una quimera...
(Intentando desorientarle.)
Hoy te ha dado esa manía.

EMILIO. (Con misterio bajando la voz.)
Cuidado... que si la tia,
que te conoce, supiera...
Ella tan moral... tan dura!
y tú... con tu buena fama!...
Chico, lo que es si se escama
manda al pueblo á la criatura.
Quién había de decir,
y eso que ya era bonita,
que aquella lugareñita
se había de convertir
en ese ser adorable!
Su orígen debes saber!

FERN. Sé que la acabas de hacer
una ofensa imperdonable!
Si ella te oyera... qué horror!

EMILIO. Oh! vanidad sin medida!

PEDRO. (Saliendo.)
Señoritos, la comida.

FERN. Vamos hácia el comedor.

EMILIO. Cómo es eso? Tú tambien?...

FERN. Sí, me ha dado esta sorpresa
la respetable Condesa!

EMILIO. (Comes... con tu dulce bien!)

FERN. Hombre... ya he dicho...

EMILIO. Já! já!
Eres listo... no te vendes!

FERN. Pero si...

EMILIO. Nada: lo entiendes!

FERN. Vamos?
(Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha.)

EMILIO. Sí, vamos allá.
(Vánse Fernando y Emilio.)

ESCENA VI.

PEDRO, y despues el SEÑOR RAMON y JUANA por el foro: un CRIADO dentro.

PEDRO. Si hubiese una ley de vagos!
Hum! qué lástima de leva!
RAMON. (Dentro.) Sí señor.
CRIADO. (Id.) Repare usted...
RAMON. (Id.) Le digo á usted que me esperan.
PEDRO. Qué ruido es ese?
RAMON. (Id.) Ya he dicho
que soy su padre.
PEDRO. (Dirigiéndose al foro.) Eh!... quién llega?
Qué veo!... El señor Ramon.
(Mirando por la puerta.)
Pase usted!
RAMON. Pues bueno fuera!...
(Entrando cogido de la mano de Juana, que viene muy asombrada.)
Calla!... si es Pedro!
(Fijándose en Pedro.)
JUANA. Es verdad!
PEDRO. Señor Ramon!... que sorpresa!
Y usted tambien... señorita!
RAMON. Pues claro!
JUANA. (Mirando á todos lados.) Á quién señorea?
Ah!... si es á mí!
RAMON. (Á Juana.) (Cállate!)
JUANA. (Pero si es que...)
RAMON. (Ponte tiesa
y no hagas más aspavientos.)
Y mi hija, cómo se encuentra?
(Volviéndose á Pedro.)
PEDRO. Muy bien.
RAMON. Lo celebro mucho!
Y la señora Condesa?
(Juana sigue mirando con sorpresa todo cuanto ve, pero sin soltarse de la mano de su padre.)

PEDRO. Voy á avisar... hace poco
que han ido á comer.
RAMON. Espera,
no quiero que por nosotros
tengan ninguna molestia.
PEDRO. Pero...
RAMON. Nada: que me marcho
si á la señora Condesa
incomodamos ahora.
(Volviéndose hácia Juana que, sin soltarse de la mano, da vueltas para ver los objetos que la llaman la atencion.)
Pero chica, estáte quieta,
si puedes!—Deja que coman
despacio. (Á Pedro.)
PEDRO. Si usted se empeña...
Sin embargo, yo...
RAMON. Ademas,
quisiera... así, de sorpresa
ver á mi Cármen, por eso
no quise poner la fecha
en la carta.
PEDRO. Bien.
RAMON. Escucha:
cuando buenamente puedas
y con mucho disimulo,
pero sin darte gran priesa,
dices á mi hija que salga
sin decirla quién la espera,
y así al ménos su alegría
será mayor.—Me mareas,
chiquilla. Tienes azogue? (Á Juana.)
PEDRO. Bien: se hará como usté quiera.
RAMON. Tú... no has sido nunca padre,
verdad?
PEDRO. (Riéndose.) No señor.
RAMON. Chochea
ya este viejo, me dirás;
pues estas y otras rarezas
nos dan veinte años de vida.
(Á Pedro, que le coge la capa de los hombros.)
Pero qué haces, hombre? Deja

quieta la capa en los hombros.
Quiero que aquí todos vean
que aunque de pueblo, tambien
entiendo algo de etiquetas.

PEDRO. Sí, pero aquí no se usa.

RAMON. Que no se usa! Buena es esa!
En fin, si es así... corriente!
no quiero que de mí crean
que vengo á imponer las modas.
(Pedro recoge la capa.)
Vaya con Pedro! Te acuerdas
cuando acompañaste al pueblo
á la señora Condesa,
qué buenos *trinquis* echabas!
—Pero vé, no te detengas;
no estés haciendo ya falta
y sea por culpa nuestra.

PEDRO. Voy corriendo.

RAMON. No te olvides
de que no tenemos priesa.
(Váse Pedro con la capa por el foro.)

ESCENA VII.

JUANA, el SEÑOR RAMON, despues un CRIADO.

JUANA. Qué casa!... yo me mareo!
Vaya un lujo!... Jesucristo!
En el pueblo no hemos visto
ninguna así!

RAMON. Ya lo creo!

JUANA. La del alcalde...

RAMON. Las modas
no entienden! No hay tanta gala.

JUANA. Las butacas de la sala
están cojas casi todas.

RAMON. Lo de aquí sí que es boato!

JUANA. Jesús! Pues vaya una silla!
(Fijándose en una mecedora.)
Ay! (Se sienta en ella y se va hácia atrás.)

RAMON. Eh? qué es eso, chiquilla?

JUANA. Que por poco no me mato!

(Levantándose asustada.)

RAMON. Porque no eres elegante!
quítate de ahí... ya verás...
tú te has echado hácia atrás
y hay que echarse hácia adelante.
(Se sienta en la orilla y la mecedora se le viene encima.)
Cuerno!

JUANA. Se va usté á aplastar.

RAMON. Chica! Basta de figuras!
Dejemos las probaturas
que nos vamos á matar! (Breve pausa.)

JUANA. Si se viese el tio Mantecas
aquí!

RAMON. Toma!... no sabría
qué hacerse, se asombraría!

JUANA. Apenas iba á hacer muecas!

RAMON. Jé! jé! Ya me lo imagino
atontado y fijo en mí!

JUANA. Para presentarse aquí
hace falta ser muy fino.

RAMON. Como yo!

JUANA. Justo!

RAMON. Él lo evita
por eso. No tiene porte!
Lo que siento es que en la córte
no se use capa en visita!

JUANA. (Asombrada, mirándose al espejo.)
Padre!... Padre!

RAMON. Qué hay de raro?

JUANA. Vaya un espejo! y qué luna
tan grande: aquí se ve una
toda entera!

RAMON. Pues es claro!
mujer! No te escandalices!
Aquí las lunas... son llenas!

JUANA. En el que yo tengo, apenas
si me veo las narices!
En eso hay poca igualdad!

RAMON. Qué entiendes tú de esos trotes?

JUANA. Calle! Cuántos monigotes!
Mire usted, padre!

(Mirando las figuras y adornos que hay sobre la chimenea.)

RAMON. Es verdad!

JUANA. Á ver. (Va á coger uno.)

RAMON. No toques, chiquilla!
Vas á romper algun tiesto. (Retirándola.)

JUANA. Ay, padre! qué será esto?
(Fijándose en el timbre que está sobre el velador le toca y suena.)
Pues si es una campanilla!

RAMON. Jé! jé! Cualquiera lo acierta!
Déjame verlo, mujer!
Esto sin duda ha de ser
para que ella se divierta.

CRIADO. (Aparece en la puerta del foro.)
Llamaba el señor?

RAMON. (Volviéndose asombrado.) Quién? yo?
(Eso lo dice por mí?) (Á Juana.)

JUANA. (Padre, yo creo que sí!)

CRIADO. No fué el señor quien llamó?

RAMON. No tal. (Yo señor!...)

CRIADO. Pensé
oir la campanilla...

JUANA. Sí.

RAMON. La estaba sonando aquí...

CRIADO. Entónces... qué manda usté?
Cuando el timbre deja oirse
es que llaman.

RAMON. (Comprendiéndolo.) De manera...
Ya! Yo creí que esto era
sólo para divertirse.

CRIADO. (Al fin de pueblo.) (Váse.)

JUANA. Jí! jí!

RAMON. Vaya usted á averiguar
que esto era para llamar.
(Breve pausa.)

JUANA. Qué bien debe estar aquí
Cármen!

RAMON. Pues vaya! No en balde
la Condesa la convida!

JUANA. Debe pasar mejor vida
que la chica del alcalde!

RAMON. De fijo! Lo que es ahora
detrás de Cármen se queda.
Vendrá vestida de seda
lo mismo que una señora.
Tú no sabes lo que hoy es
Madrid!

JUANA. Ya me lo figuro!

RAMON. Tú lo verás. De seguro
que nos habla ya en francés!

JUANA. En francés?

RAMON. Vaya, eso es llano!...

JUANA. Qué lío!

RAMON. Y así discute!

JUANA. Se acuerda usté del *franchute*
que fué al pueblo aquel verano?
Chico berrinche pasé!
Siempre me hablaba, qué afan!
Él me decía *charman*
y yo le decía... y qué?
Me miraba fijamente,
y así... con mucha importancia
suspiraba... como en Francia
debe suspirar la gente!
Vaya un franchute pesado,
siempre con *charman*; qué antojos!
y me miraba con ojos
de carnero degollado!

RAMON. Pues no fué flojo el bromazo
del francés con tanto afan!
Si á mí me llama *charman*
le sacudo un puñetazo!
—Todavía no han concluido.
No tardan poco en comer.
(Mirando hácia la puerta)

JUANA. Ya vendrán.

RAMON. Calla, mujer!
Ya creo que siento ruido!

ESCENA VIII.

DICHOS, despues CÁRMEN, por la derecha.

JUANA. (Asomándose por entre las colgaduras.)
Es ella!
RAMON. Sí?
UANA. Ya lo creo!
Y qué guapa! (Retirándose.)
RAMON. Buena es esa!
JUANA. Si parece una princesa!
Hermana!... (Aparece Cármen en la puerta.)
RAMON. Cármen!
CARMEN. (Abrazándolos.) Qué veo!
Padre! y tú?
RAMON. Vas á estrujarla!
(Casi llorando de alegría.)
JUANA. Así de golpe y porrazo!
RAMON. Qué hermosa!
JUANA. Vaya otro abrazo!
RAMON. Quítate! vas á arrugarla!
Conténtate con hablar!
CARMEN. Qué sorpresa!
JUANA. Qué alegría!
RAMON. Ves lo que yo te decía?
Viene hecha un brazo de mar!
Lo estoy viendo y no lo creo!
qué maja está!... mira, mira!
Si me parece mentira
que es mi Cármen la que veo!
CARMEN. Y cuándo fué la llegada?
JUANA. Ahora mismo hemos venido!
no nos hemos detenido
mas que un rato en la posada!
RAMON. Y el viaje se ha hecho ligero
por más de cuatro razones;
ahora con las elecciones
se ha venido el pueblo entero.
Á todos verlos podrás
luégo.
CARMEN. (Si los ven aquí

se van á burlar de mí!
Qué compromiso!)

JUANA. Verás.
Á que no aciertas quién es
uno que ha venido aquí
sólo para verte á tí?

CARMEN. No sé...

JUANA. Pues chico interés
trae el pobre, y chico afan!
Si viene con más fatigas!

CARMEN. Como tú no me lo digas!...

JUANA. Tu antiguo novio! Julian!
(Cármen oye esto con disgusto.)
Como de allí te marchaste,
él hasta aquí te persigue.

RAMON. Pues hija, allí todo sigue
igual que tú lo dejaste.

JUANA. Nuestra casa, nuestro huerto. .
nuestro jardin... si lo vieras!
Toditas las primaveras
está de flores cubierto!
Verás tú que extraordinario
contento te va á causar
cuando al volver al lugar
divises el campanario!
y lejos tu vista vea
como palomas posadas
al pié del templo agrupadas
las casitas de la aldea!
y con alegres rumores,
al cruzar los olivares,
vuelvas á oir los cantares
de aquellos trabajadores.
Tú verás con cuánto afan
vuelves á ver la campiña
donde jugabas de niña
ó conmigo ó con Julian.
Y creciendo tu avidez,
á los lados del camino
ya una huerta, ya un molino
que recuerden tu niñez.
(Ramon la escucha embobado.)

De la infancia los testigos
no son extraños jamás;
luégo, en llegando, verás
que todos son tus amigos.
Gente que tu bien procura;
personas de tomo y lomo:
el síndico, Juan Palomo,
el tio Mantecas, el cura;
el juez, que es un caballero,
Juanilla la confitera,
su suegra que es una fiera;
el albeitar, el barbero;
la prima de Soledad,
don Gestas el regidor;
en fin, chica, lo mejor
de toda la sociedad!

RAMON. Bien, Juana; bien, hija mia!

CARMEN. (De otra edad recuerdos bellos;
más feliz era con ellos
cuando eso sólo sabía.)

RAMON. Pues si habla bien! qué sorpresa!
(Asombrado de oirla.)

JUANA. Claro está!... Con la alegría!...

CARMEN. Pero ustedes todavía
no habrán visto á la Condesa!

RAMON. Tú nos llevarás, mujer!
Pues si la quiero en extremo!

CARMEN. (Si los ve Fernando... temo...
no, no; no debo temer.)

ESCENA IX.

DICHOS, EMILIO, FERNANDO, por la derecha.

EMILIO. Nos ha abandonado usted.
(Eh? no está sola! un paleto!)

CARMEN. Mi padre!... (Presentándole.)

EMILIO. (Con sorpresa.) Qué?

JUANA. (Adelantándose.) Y yo su hermana!

FERN. Muy bien! (Saludándolos.)

EMILIO. (Contemplándola.) (Y es muy linda!)

RAMON. Beso

sus manos!

FERN. Gracias.

EMILIO. (Á Fernando burlándose.) (Qué padre
tan fino!)

CARMEN. (Ni á hablar me atrevo!)

JUANA. (Qué figurilla!...) (Mirando á Emilio.)

RAMON. Hace poco
que hemos llegado del pueblo.

EMILIO. Ya se conoce! (Con marcada intencion.)

CARMEN. El Marqués
de Belmonte!
(Presentando á Fernando, despues de dirigir á Emilio una mirada exprexiva de reconvencion.)

RAMON. Hola!... celebro
conocerle!

JUANA. (Un marqués!... ay! (Con asombro.)
Pues parece un caballero
como otro cualquiera.)

RAMON. (Calla,
criatura.)

CARMEN. (Presentándole.) Emilio Celso,
sobrino de la Condesa.

RAMON. Hombre... por el parentesco
siquiera... me ofrezco á usted
lo mismo aquí que en el pueblo!

EMILIO. Gracias, señor don...

RAMON. Ramon,
Ramon á secas.

CARMEN. (Yo tiemblo!)

JUANA. Y cuándo me toca á mí?

FERN. Tiene razon!

EMILIO. Es muy cierto!

CARMEN. (Disimulando.)
Mi hermana es sencilla, ignora
todos esos cumplimientos.

FERN. Pero reune un tesoro
de gracias, que vale al ménos...

JUANA. Cuánto, señor?

FERN. Mucho!

JUANA. Mucho?...
Pues si me vale su aprecio,
ya es bastante.

EMILIO. (Y es discreta!)
FERN. Reune usted á sus méritos
personales, ser hermana
de Carmencita, y...
JUANA. Ya entiendo!
CARMEN. (Interponiéndose)
Basta ya, Juana! (Qué angustia!)
RAMON. Si tiene un pico más fresco!
EMILIO. Vaya si se explica claro!
CARMEN. (Estoy pasando un tormento
cruel!)
EMILIO. Deje usted que hable!
FERN. Sí tal: qué mal hay en ello?
EMILIO. (Á Juana.) Y á mí no me dice nada?
JUANA. Yo?... que engorde usted!
EMILIO. Eh!
FERN. Es cierto,
no podía desearte
cosa mejor!
EMILIO. (Á Fernando.) (Tiene ingenio
en medio de todo!)
CARMEN. (Á su padre.) Vamos,
si usted quiere, al aposento
de la Condesa...
RAMON. Volando:
que no otra cosa deseo
que demostrarla aunque rudo
mi eterno agradecimiento.
CARMEN. Ustedes permitirán...
EMILIO. En seguida que fumemos
iremos á acompañarles.
CARMEN. Gracias. Vamos?...
RAMON. Lo agradezco,
señores: y, en fin, lo dicho:
lo mismo aquí que en el pueblo!...
CARMEN. Pase usted.
(Vánse Cármen y Ramon por la derecha.)
JUANA. Adios!
EMILIO. (Á Juana al marcharse.) Qué mona!
JUANA. (No andará el mico muy lejos!)
(Con gracia picaresca. Váse.)
EMILIO. Jé! jé!

FERN. Te aplastó!
EMILIO. Hombre, no!
Me hace gracia! lo confieso!

ESCENA X.

FERNANDO, EMILIO.

FERN. (Cármen sufre! Bien se ve!
Su vanidad despertemos
y su carácter altivo
cederá.)
EMILIO. Sabes que pienso
que si esa chica estuviese
con Carmencita algun tiempo
sería una alhaja?
FERN. Hola!...
Te ha flechado ya?
EMILIO. (Con despego.) Eh?
FERN. De ménos
nos hizo Dios.
EMILIO. No: lo digo
porque sería un objeto
más de diversion. Ya sabes
que á mí me agrada lo nuevo,
lo extraordinario, lo raro...
FERN. Lo raro?
EMILIO. Sí.
FERN. Ya! por eso
estás prendado de tí
como Narciso.
EMILIO. Eh! dejemos
esas bromas, que me cargan,
y á mi aldeana volviendo...
FERN. No vuelvas á ningun lado.
que vas á tropezar.
EMILIO. Bueno!
en tropezando con ella...
Nada, nada; estoy resuelto
á hacerla el amor... tan sólo
por un cuarto de hora. Tengo
curiosidad por saber
cómo entran en los enredos

de una amorosa conquista
las aldeanas!

FERN. Te advierto
que esos son frutos vedados
que pueden ser indigestos!

EMILIO. No tal: frutos son del campo
que al aire libre y sin dueño
crecen y se desarrollan,
brindando grato alimento
á los pobres caminantes.
Y nosotros... viajeros
de esos contornos, pasamos
al lado... y nos los comemos!

FERN. Y viene despues el guarda
que del fruto está en acecho,
te suelta un tiro... y amen!

EMILIO. Quiá! pasaron ya esos tiempos!
Ya no hay guardas ni guardianes!
Pero calla!... allí la veo!
(Mirando por entre la colgadura de la puerta.)
Está mirando los cuadros
con asombro! Ni un momento
puede estarse quieta! Niña!... (Llamándola.)
aquí!... Ya viene corriendo!

ESCENA XI.

DICHOS; JUANA, por la derecha.

JUANA. (Saliendo.) Me llamaba usté, señor?

EMILIO. Sí tal.

JUANA. Y qué quiere?

EMILIO. Quiero...
quiero verla! (Echándola los lentes.)

JUANA. Muchas gracias!
Y pues ya me ha visto...

EMILIO. Cierto!...

JUANA. Que lo pase usted muy bien! (Marchándose.)

EMILIO. Y te vas?

JUANA. Si no es más que eso!...

EMILIO. Mucho más! Pues no ha de ser!

JUANA. Corriente: entónces me quedo.
EMILIO. Quiero admirar tus encantos...
tus hechizos... (Acercándose.)
JUANA. (Con picardía.) Que me quemo!
EMILIO. Y esa carita de rosa;
y esas manitas...
JUANA. (Al querer cegérselas.) Eh! quedo!
(Retirándolas.)
que aunque chiquitas las manos
si sacuden es de recio!
En mi pueblo una mañana
un moceton... que lo ménos
era como tres de usté...
empalmados, en un huerto
quiso... (Indicando la accion de abrazar.)
EMILIO. Ya!... darla un abrazo?
JUANA. Ó dos, no lo sé de cierto.
Pero fué el caso, que yo,
aún más ligera que el viento,
dí media revuelta... y zás!
con los cinco mandamientos...
(Abriendo los dedos de la mano.)
le dejé puesto en la cara
todo el catecismo entero!
EMILIO. Pero serías capaz
de darme á mí?... (Acercándose.)
JUANA. Ya lo creo!
EMILIO. Es que yo voy sin malicia!
JUANA. Lo mismo que yo al hacerlo!
FERN. (Esta chica le solfea!)
EMILIO. Jé! jé! (Acercándose más.)
FERN. (Daría por verlo
cualquier cosa!)
EMILIO. Encantadora!
Me ha flechado ese gracejo! (Acercándose más.)
JUANA. Jesús! parece usté goma!
No se pegue tanto al cuerpo! (Retirándose.)
EMILIO. Jé!
FERN. (Á Emilio.) (Te ha llamado gomoso!)
EMILIO. (Qué gracia!)
JUANA. Y ahora me acuerdo
que el pobre Julian... pues vaya

que el planton es de los buenos!

EMILIO. Quién es Julian?

JUANA. El más rico
y el mejor de todo el pueblo.
Hace poco más de un año
que se le murió su abuelo
y todo ha sido para él.
Una dehesa, dos majuelos,
cuatro olivares con cepas
y lo ménos seis viñedos.

FERN. Y eso le disgusta?

JUANA. Quiá!
no señor. Si es que recuerdo
que está en la calle esperando.
Como no es pariente nuestro,
aunque mi padre le quiere
como á un hijo, por respetos
á la señora Condesa...
no se ha atrevido por eso
á subir y ver á Cármen.

EMILIO. (De fijo será un paleto!) (Á Fernando.)
(Divirtámonos con él.)
Pues dígale usted al momento
que suba. (Á Juana.)

JUANA. Si la señora
dá permiso...

EMILIO. Desde luégo:
yo por mi tia le doy.

JUANA. Pues entónces...

EMILIO. (Llamando.) Pedro, Pedro!...

PEDRO. Señorito!... (Apareciendo en la puerta del foro.

EMILIO. Diga usted
á un jóven, á un lugareño...

JUANA. Si ya el señor le conoce!

EMILIO. Sí?

JUANA. Julian!

PEDRO. Julian?

JUANA. El nieto
del señor Tomás!

PEDRO. Ah! sí!

JUANA. Pues abajo de portero
se quedó!

EMILIO. Dígale usted
que suba.
PEDRO. Voy al momento. (Váse.)
JUANA. Vaya! Pues poquito que él
se va á alegrar! Su deseo
tan sólo era ver á Cármen;
por eso vino del pueblo.
Como es su novio!
EMILIO. Eh?
FERN. (Con sorpresa.) Qué dice?
EMILIO. Su novio?
JUANA. Pues ya lo creo!
Y poquito que la quiere!
EMILIO. (Á Fernando.) (Chico, chico, esto es más serio!
un rival!) (Burlándose.)
FERN. (Á Juana.) Y ella?...
JUANA. Pues claro!
Si estaban los dos más tiernos
allá!... porque él vale mucho!
EMILIO. (Já, já! qué gracioso enredo!)
JUANA. Ya me parece que llega!
(Desde la puerta del foro.)
Julian! (Llamándole.) Viene más contento!
(Se retira de la puerta.)

ESCENA XII.

DICHOS, JULIAN, por el foro, al mismo tiempo que aparece CÁRMEN por la puerta derecha.

JULIAN. Cármen! (Entrando y dirigiéndose hácia ella.)
CARMEN. Julian! (Con sorpresa y retrayéndose.)
JULIAN. Cármen mia!
EMILIO. (La escena va á ser curiosa!
Fíjate!) (Á Fernando.)
FERN. (Calla!)
JULIAN. (Mirando á Cármen.) Qué hermosa!
CARMEN. Pero... Julian! (Con desvío.)
JULIAN. Qué alegría!
Oh! mi arrebato perdona!
Cuánto en tu ausencia he pensado!
Bien haya el dolor pasado

que tal placer ocasiona!
Si siempre te he de querer!

JUANA. Bien, Julian, bien, sigue así! (Animándole.)

CARMEN. (Y Fernando que está aquí!)

FERN. (Lucha!... no sabe qué hacer.)
(Comtemplando la intranquilidad de Cármen.)

JULIAN. Mis pasados sinsabores
ya con creces compensé!

CARMEN. Julian... Considere usted
que escuchan esos señores.

JULIAN. Tienes razon, hice mal...
más... ¿me hablas de usted... por Dios!

CARMEN. Pues entre nosotros dos
media algun lazo formal?

JULIAN. Media el amor sin doblez
de nuestro tiempo mejor;
y aquel amor...

CARMEN. (Con indiferencia.) Ese amor
fué un juego de la niñez,
y como tal... pronto pasa.

EMILIO. (Tiene gracia!)

CARMEN. (No sosiego!)

JULIAN. Un juego!... le llama un juego
á la pasion que me abrasa?
Tú no eres la misma ya!

JUANA. Eso es lo que digo yo!
Quién demonios la cambió
de esa manera?

EMILIO. (Já, já!
qué lancé!)
(Fernando observa satisfecho.)

JUANA. Pero te enfadas
por qué ya su amor te cuente?

CARMEN. Basta, Juana: no es prudente
hablar... de cosas pasadas.

JUANA. Pero si...

CARMEN. Quieres callar?

EMILIO. (Á Fernando.) (Mira... le ha dejado frio!)

FERN. (Bien, calla!)

JULIAN. Pobre amor mio!
en qué has venido á parar!

JUANA. (Pobre muchacho! tan llano!)

ESCENA XIII.

DICHOS, el SEÑOR RAMON, por la derecha, muy contento.

RAMON. Vengo loco!... qué sorpresa!
CARMEN. Qué pasa?
RAMON. Que la Condesa
va á París este verano,
y ya reparo no tiene,
aunque trabajo le cuesta. ..
JUANA. En qué?
RAMON. En dejarnos á esta
en el pueblo mientras viene.
JUANA. De verás? (Con alegría.)
RAMON. Á no dudar.
CARMEN. (Lo presumí!) (Con pesar.)
JUANA. Qué placer!
RAMON. Mas no te alegras, mujer?
CARMEN. Sí. (Esforzándose por disimular.)
JUANA. Pues no sé ha de alegrar!
Y en cuanto en aquel rincon
se sepa, no lo exagero,
va á venir el pueblo entero
á buscarte en procesion!
EMILIO. (Infeliz) (Burlándose.)
JUANA. La llevarán
en volandas... pues así
que no la quieren allí!
RAMON. Calla! Si está aquí Julian! (Viéndole.)
Pero por dónde has subido?
Hombre... qué embobado estás!
Ah! ya caigo! Tú estarás
igual que yo... sorprendido!
JULIAN. Sí, mucho!
RAMON. Es claro! si aquí
todo encanto nos ofrece!
Y Cármen... qué te parece?
No es verdad qué es hasta allí?
No la conozco rival;
te lo digo francamente.

(Mirando á Fernando y Emilio.)
Mejorando lo presente
no hay en el mundo otra igual.

EMILIO. (Me gusta la discrecion!
Lo dice mirando aquí!)

FERN. (Á Cármen con mucha intencion)
(Ya lo oyes, Cármen, por mi
no pierdas esta ocasion.)

CARMEN. (Con mucha altivez,)
(Quieres á más de ofendida
verme tambien humillada?)

FERN. (Muy bien... en esta jugada
mia será la partida.)
(Sonriendo con satisfaccion.)

JUANA. (Pobre Julian! Dió un traspies.
Claro!... el otro la enamora!
(Fijándose mucho en ellos.)
Y él sonrie... y ella llora!
(Con marcada intencion y mucho aplomo.)
Pues no me gusta el Marqués!)

(Cármen y Fernando forman un grupo, otro el señor Ramon hablando á Julian con entusiasmo: éste sigue abatido. Emilio, mirando con los lentes, sigue todos los movimientos de Juana, hasta que se encuentra con ella frente á frente. Juana al verle embobado se echa á reir. Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala baja, modesta, pero decentemente amueblada en casa del señor Ramon. Puertas laterales con cortinas grandes de muselina ó percal blanco. Ventanas al foro, por donde se ve un espacioso jardin. Un sillon y dos butacas antiguas, sillas de paja fina y mesas con tapetes de variados colores decoran la sala, que ademas estará adornada con profusion de macetas y ramos de flores, distribuidas en las ventauas y mesas. La limpieza y la alegría deben dominar por completo en esta modesta habitacion.

ESCENA PRIMERA.

RAMON, LEONCIO, concluyendo de arreglar los muebles.

RAMON. Muy bien! estoy satisfecho!
Ya está puesto todo en regla.
Las butacas del alcalde,
el sillon de la maestra
y las colgaduras blancas
de Bruna la confitera,
dan al estrado el aspecto
del salon de la Condesa.
No es verdad?

LEONCIO. Pues ya lo creo!

RAMON. Digo, pues y las macetas

y los ramos que Juanilla
ha puesto hasta en la escalera!
Esto es la moda en Madrid.

LEONCIO. Pues si parece una huerta.
Apenas hay flores!

RAMON. Claro!
Como vienen á la aldea
esos señores, tenemos
que obsequiarlos.—La despensa,
ya sabes, quiero que toda
se presenta hoy en la mesa.

LEONCIO. La despensa... y el corral!
Pues si no ha quedado pieza
con vida: conejos, pollos,
gallinas y... Tragaderas
han de tener los señores
si todo en el buche lo echan!

RAMON. Y tú... quítate esa faja,
y á ver cómo te presentas
de un modo más... presentable.
Ponte el corbatin de seda,
y el chaqueton, y el chaleco
que usas los dias de fiesta.
En fin, que el señor Marqués
y su amigote te vean
como persona decente!

LEONCIO. Pues claro.

RAMON. Y que las maneras
sean muy finas: saludos
por derecha y por izquierda.
Que el usía de la boca
no te se caiga, y si llega
á hablarte de algo... cuadrado
como quinto de reserva.
Estás?

LEONCIO. Sí señor.

RAMON. (Dándose importancia.) Corriente.
Como nunca de la aldea
has salido, y no has estado
toda una semana entera
como yo en Madrid... es claro,
no estás en las etiquetas.

Sabes tú acáso lo que es
un marqués visto de cerca!
Un marqués que te habla... y le oyes,
y pregunta... y te contesta!
(Leoncio le escucha embobado.)
Pues todo eso es un marqués!

LEONCIO. Ah! ya!

RAMON. Para que tú veas!
(Desde que he estado en Madrid
me parecen en la aldea
todos más brutos! Qué extraño
es que mi chica Carmela...)
—Pero á dónde se ha metido
Juana?

LEONCIO. Pues si fué á la huerta
por un tiesto!

RAMON. (Corrigiéndole.) Tiesto! Tiesto!
No se dice así!

LEONCIO. Eh?

RAMON. Macetas!
(Hoy me lo ha enseñado, Cármen.)

LEONCIO. Pues bien, fué... (Mirando por el foro.)
Pero aquí llega!
Digo! digo! y flojo que es.
Anda! si abulta más que ella!

RAMON. (Mucho verde me parece
para la primer sorpresa.)

ESCENA II.

DICHOS, JUANA, por la derecha, con una maceta con mucho ramaje.

JUANA. (Acercándose á Ramon.)
Huela usted, padre!

RAMON. (Oliéndolo.) Muy rico.
(Poniendo la maceta en una mesa.)

JUANA. Ésta aquí! ya están las mesas
como un mes de Mayo! (Sentándose.) Ahora
yo en la butaca! Que pesan
lo mismo que un condenado!
De fijo que cuando vean

la sala.. van á quedarse
(Mirando la habitacion.)
así... con la boca abierta. (Breve pausa.)
Pero padre... usté qué hace
sin hacer nada?

RAMON. Esa es buena!
Estaba aquí... desbastando
á Leoncio.

JUANA. Mas si llega
el tren...

RAMON. Todavía hay tiempo!
Ya he mandado la calesa
del tio Romo, por si acaso.
La estacion está muy cerca,
y yo y Leoncio en dos saltos
llegamos. Pero y Carmela
no ha salido todavía
de su cuarto?

JUANA. Hace hora y media
que allí la dejé peinándose!
mas como esas menudencias
son hoy ya tan peliagudas!
Estará dándole vueltas
á los moños. Pues si tiene
—perdone usted la manera
de señalar—unos rizos...
tamaños!... vaya! y dos trenzas...
—esas son de pelo suyo!—
que hasta las corbas la llegan!

RAMON. Si es muy hermosa mi Cármen!

JUANA. Y tiene allí una manteca
que se da así por la cara
y la deja como seda!
Y unos polvos muy reblancos
que entre los dedos se pegan.
Y unos tarros... y unos botes
que huelen á media legua! (Breve pausa.)
Padre... todo eso es muy bueno!
pero ya tantas esencias
creo yo que á las muchachas
les trastorna la cabeza.

RAMON. Pues á tu hermana...

JUANA. Á mi Cármen
más que á otra, que en la aldea
sólo á romero y tomillo
ha olido desde pequeña.

RAMON. Qué entiendes tú de esas cosas!
(Variando de conversacion.)
Las cuatro son ya muy cerca
y me voy á la estacion.
Oye; que á las siete y media (Á Leoncio.)
es la comida. De noche!
Eh?... si será de etiqueta!
(Volviéndose hácia Juana con mucha satisfaccion.)

JUANA. Como en Madrid!

RAMON. En el pueblo
no se ha visto otra como esa!
Comer de noche!

JUANA. Á la moda!
Cuando aquí ya todos cenan!

RAMON. Digo... si seremos finos!
Todo lo bueno se pega!
Lo que siento es que mañana,
segun la carta lo reza,
se van temprano: si no
les iba á dar en la era
un almuerzo al aire libre,
para que allí todos vieran
cómo trato yo á la gente
de campanillas!

JUANA. Qué idea!
Pues abra usted esta noche
en el comedor la reja
que da á la calle!

RAMON. Anda, anda!
Ya está eso pasado en cuenta!
—Ah!... voto al chápiro verde!
(Volviéndose á Juana.)
Sabes que en toda la aldea
no he podido hallar?...

JUANA. El qué?

RAMON. Ni una silla como aquella
que nos dió el susto al entrar

en casa de la Condesa?

JUANA. Pues me alegro, porque son
de tan malas sentaderas
que sin querer comprometen
en cuanto uno se menea!

RAMON. Conque... vámonos, Leoncio,
que ya el tren estará cerca.

LEONCIO. Andando.

JUANA. Hasta luégo, padre.

RAMON. Pronto daremos la vuelta.
(Vánse Leoncio y Ramon por la derecha.)

ESCENA III.

JUANA, despues CÁRMEN por la Izquierda.

JUANA. Se van á encantar los dos
al ver esto como está!
(Viendo salir á Cármen.)
Se acabó el peinado ya?

CARMEN. Se acabó.

JUANA. Gracias á Dios!
Tardas en esas faenas
un siglo. Vamos á ver,
cómo hallas esto, mujer?
Verdad que quita las penas?
Y en todos los aposentos
puse verde á puntapiés.
Don Emilio y el marqués
no han de quedar descontentos!
Pues digo... y el comedor?
Hay más luces y más flores!...
(Notando que Cármen está indiferente á todo lo que dice.)
Veremos si esos señores
te quitan el mal humor!

CARMEN. Á mí?

JUANA. No sé en qué consiste,
pero lo tienes.

CARMEN. Qué idea!

JUANA. Desde que estás en la aldea
cada vez te hallo más triste.

Luégo... no eres consecuente;
por ejemplo, antes de ayer
don Damian te vino á ver
con sus hijas... Francamente,
las recibiste de un modo
que se quedaron cortadas!
Salieron más coloradas
que un pavo, y así es en todo!
Tras que vinieron... ya ves,
que para eso no hay disculpa!
Ellas no tienen la culpa
de ser tan feas las tres!

CARMEN. Juana... (Cogiendo flores de las macetas.)

JUANA. Tienes ese afan!
no sé en qué diablos consiste!
Y aun fué peor lo que hiciste
allá en Madrid con Julian!
(Movimiento de disgusto en Cármen.)
Aquello fué hasta un oprobio
que yo jamás me expliqué!
Mira que hablarle de usté
habiendo sido tu novio!...

CARMEN. Siempre la misma cancion!

JUANA. Mas calla... no has escuchado?
(Acercándose al foro.)
Una calesa ha parado.

CARMEN. Si serán?...

JUANA. Justo... Ellos son!
(Mirando por la ventana del centro.)

CARMEN. Ellos? (Con alegría.)

JUANA. Sí; veo bajar
al marqués.

CARMEN. (Reparando en su traje.) Y yo que estoy...
(Se dirige hácia la izquierda.)

JUANA. Qué es eso?... te vas?

CARMEN. Sí, voy
á acabarme de arreglar.

JUANA. Se pasa así todo el dia.
Pero si estás bien así!
(Váse Cármen por la puerta de la izquierda.)
Pues señor, si esto es aquí,
allá en Madrid, qué sería?

ESCENA IV.

JUANA, el SEÑOR RAMON, FERNANDO, EMILIO por la puerta de la derecha.

RAMON. Pasen ustedes, señores!
Con franqueza... esta es su casa!
FERN. Gracias!
JUANA. (Presentándose.) Que Dios guarde á ustedes!
EMILIO. Bien por la pollita!
FERN. Juana,
muy buenas tardes.
JUANA. Señor...
RAMON. Pero dónde está tu hermana?
JUANA. Ha entrado en su cuarto ahora:
vendrá al momento.
EMILIO. Qué gracia
tan natural! (Mirando á Juana.)
RAMON. Es mi hija...
EMILIO. (Nadie lo diría.)
RAMON. Y gasta
muy buen humor: eso es todo!
(Emilio sigue hablando aparte á Juana.)
Conque la Condesa se halla
en los baños de... de...
FERN. Spá.
RAMON. Eso es, ya no me acordaba!
los baños de... justamente!
Y creo que está algo mala,
segun la carta que Cármen
recibió en esta semana
de su mayordomo.
FERN. Es cierto.
RAMON. Pero eso no será nada!
FERN. Sin embargo, esa noticia
confieso á usted que me alarma!
Es mucha su edad.
(Siguen hablando aparte.)
JUANA. (Á Emilio riéndose.) De veras?
EMILIO. Como lo digo.
JUANA. Ay, qué gracia!

Conque yo soy todo eso?

EMILIO. Y mucho más!

JUANA. Pues me agrada
saberlo.

EMILIO. (Chist!... más bajito!...)

JUANA. (Si tengo la voz muy clara
y me voy á poner ronca
si hablo así...) (Imitando el tono de Emilio.)

RAMON. Pero y tu hermana,
qué hace?

JUANA. Si viene en seguida.

RAMON. Dila al momento que salga,
que están aquí estos señores.

JUANA. Voy. Con su licencia.

EMILIO. (Ingrata!)

JUANA. (Ay, qué ojos me echa... parece
un mochuelo!)
(Váse corriendo por la izquierda.)

EMILIO. (Qué miradas!
Bravo!... sólo en mis conquistas
faltaba ya una aldeana.)

RAMON. Conque repito que aquí
vienen á su propia casa,
con franqueza y libertad
para todo. Las muchachas
saldrán en seguida. Yo
voy un momento á la casa
de Julian: como esta noche
tambien en el tren se marcha,
quiero despedirme de él.

EMILIO. Es muy natural.

FERN. Sí: vaya
á lo que tenga que hacer.
Trátenos con confianza.

RAMON. No sé hacerlo de otro modo
y esa en mi casa no falta.
(Váse por la puerta derecha.)

ESCENA V.

FERNANDO, EMILIO, despues CÁRMEN, por la izquierda.

EMILIO. Presiento, y no sin razon,
que esta noche va á ser rara
en amorosas conquistas!
Tú con Cármen! yo con Juana!
Hombre... tendría que ver
que las dos se enamoraran
perdidamente.... Y entónces
(Con picardía.)
eh?... con astucia y con maña
todo se consigue... todo!
Sería una gran jugada!

FERN. No sé qué quieres decir!

EMILIO. Digo... que no estoy en babia,
y que sé lo que te trae
aquí. Segun tus palabras,
tú aborrecés... la coyunda
nupcial.

FERN. Y por una chanza
vas á creer?...

EMILIO. Tu reserva
aplaudo, mas no me engañas.

FERN. Bien; dejemos esas bromas
que no conducen á nada,
y hablemos más seriamente.
Sigues ó no para Francia
esta noche?

EMILIO. (Con intencion.) Si te estorbo!...

FERN. Á mí? Yo parto mañana,
como sabes.

EMILIO. Ó pasado,
ó al otro, segun la jaula
se abra más pronto ó más tarde.

FERN. Vuelta otra vez!... Si en tu marcha
pienso, es por el grave estado
en que tu tia se halla!

EMILIO. (En tono de duda.) Grave?

FERN. Sí, grave, muy grave.
Así lo dice la carta
que ayer recibí; mas tú
no quieres creerme... y nada,
no hay medio de cenvencerte.
EMILIO. Bien; partiremos mañana
juntos. No vas á París?
FERN. Sí, pero si tú adelantas
un dia...
EMILIO. Llegaré ántes,
claro está. Que te delatas
Fernando!
(Con intencion marcada.)
FERN. Eres insufrible!
EMILIO. Hombre, bien! Ahora te enfadas!
Todo eso lo evitarías
teniendo más confianza
conmigo. Sabes que soy
reservado.
FERN. Sí.
EMILIO. Y en gracia
á nuestra amistad, debias
confiarme tu plan.
FERN. (Viendo salir á Cármen.) (Calla!)
CARMEN. Fernando!
FERN. Cármen!
CARMEN. Y Emilio
tambien?... Bravo!
EMILIO. Siempre en alas
del deseo...
CARMEN. (Interrumpiéndole.) Tanto bueno
en esta humilde morada!
EMILIO. Mucho ha de haber, pues en ella
habita usted.
CARMEN. Muchas gracias.
(Á Fernando sonriéndose.)
Ya empieza con sus floreos!
EMILIO. Mucho las flores me agradan!
FERN. Ofrecimos ver á usted
y cumplimos la palabra.
CARMEN. Quien debe... paga!
(Á Fernando con doble expresion.)

EMILIO. (Mirando al jardin.) (Allí veo
cogiendo flores á Juana
en el jardin. Está sola!
La ocasion la pintan calva!)
Cármen, si usted me permite,
(Dirigiéndose á ella.)
ya que de flores se trata,
quisiera...

CARMEN. Qué?

EMILIO. Que al entrar
he visto una hermosa dalia,
y si usted acepta...

CARMEN. Acepto.

EMILIO. Pues voy...
(Dirigiéndose á la puerta derecha.)
(Sitiemos la plaza
y al asalto! Empezaré
por acortar las distancias!)
(Váse por la puerta de la derecha en direccion al jardin.)

ESCENA VI.

CÁRMEN, FERNANDO.

Cármen se acerca con cariño á Fernando despues de ver que se ha marchado Emilio.

CARMEN. Fernando!

FERN. Cármen, ya ves
que cumplo lo prometido:
te dije, «iré,» y he venido.

CARMEN. Ah, gracias!

FERN. No me las des.

CARMEN. Sola y en este rincon,
tu recuerdo ni un momento
huyó de mi pensamiento,
ni huyó de mi corazon!
«Me habrá olvidado,» pensaba
al ver que no me escribías;
y así pasaban los dias,

y así el tiempo se pasaba.
Mas cuando al saber de tí,
supe que ibas á llegar,
no te puedes figurar
la alegría que sentí!
Cuanto miraba aquel dia,
placer me daba y consuelo:
la luz, el campo, hasta el cielo
más azul me parecía!

FERN. Nunca de tu amor dudé!
—Pero dejando eso á un lado,
tú sabes que se ha agravado
la Condesa! (Marcándolo mucho.)

CARMEN. Sí, ya sé
que está enferma.

FERN. Más no sabes,
Cármen, que su enfermedad
es ya muy grave.

CARMEN. Á su edad
todas las cosas son graves.

FERN. No, no es eso: quién olvida
que yo aprecio á la Condesa?
Pero... tambien me interesa
que no estés desprevenida!
Y... no extrañes que así hable:
sí, como es fácil... muriera...

CARMEN. No: no por Dios: eso fuera
horrible!

FERN. Pero es probable!
Y si pierdes su sosten!...

CARMEN. No hables de eso; por favor!
Yo necesito su amor...

FERN. Y su proteccion tambien!
(Dulcificando esta frase lo más posible.)

CARMEN. Cierto es: que al verla perdida
como tal cosa suceda,
sólo este pueblo me queda,
y aquí me falta la vida.
En él dichosa viví
mientras nada ambicionaba,
y otros goces no soñaba
que los tranquilos de aquí.

Mas vi el mundo... y no es posible
ver satisfecho á quien cae,
que hoy ese abismo me atrae
con poder irresistible!
Cómo aquí puede volver
quien disfrutó de sus galas?
Acaso volé sin alas
y subí para caer!
Quizá fuera una locura
que de este pueblo saliera,
y al sacarme de mi esfera
labraron mi desventura!
Pues ya no puedo cejar,
ni en esta lucha sosiego;
que vale más nacer ciego
que no ver para cegar!

FERN. Oh! Saldrás de aquí!

CARMEN. (Con alegría.) Qué he oido?

FERN. Yo tu dicha labraré.

CARMEN. Lo sé, Fernando, lo sé.

FERN. Calla! (Escuchando.)

CARMEN. Qué?

FERN. No sientes ruido!

CARMEN. Sí. Quién?...

FERN. (Mirando por la puerta.)
Son Emilio y Juana.

CARMEN. Vienen? (Retirándose.)

FERN. Te vas á marchar?

CARMEN. Nos puede Emilio embromar
en presencia de mi hermana.
Que no nos vean aquí.

FERN. Volverás?

CARMEN. Si tú me esperas... (Con pasion.)
No he de volver! Que me quieras
como yo te quiero á tí!
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

FERNANDO, despues JUANA, por la derecha.

JUANA. (Dentro dando voces.)
Turco!... Turco!... Já! já! já!
FERN. Es Juana! viene corriendo
hácia aquí! (Mirando por la derecha.)
JUANA. No haga usté caso!
si es una caricia! (Dentro gritando.)
FERN. Apuesto
á que Emilio!...
JUANA. Vete, turco.
Já! já! já! (Entrando.)
FERN. Pero qué es eso?
JUANA. Bien merecido lo tiene! (Riéndose.)
Jesús! Y comó lo ha puesto!
FERN. Á quién.
JUANA. De los atrevidos
es el reino... de los perros!
FERN. Pues qué, Emilio?...
JUANA. En el jardin
empezó á echarme requiebros;
yo le oía y me callaba,
y me reía por dentro;
él florea que florea,
yo riendo que riendo;
de pronto abre los dos brazos,
se viene hácia mí derecho,
yo me escurro por debajo,
y en esta postura... el perro
(Abriendo los brazos.)
se le agarra por detrás,
y sin decir... eso quiero,
le ha hecho un saludo perruno
que le ha puesto como nuevo!
FERN. Já! já! já!
UANA. (Mirando dentro.) Por allí viene!
Ahora ya no trae abiertos
los brazos. (Indicando la accion.)
Los trae cerrados

por detrás y junto al cuerpo.

FERN. Emilio!... (Llamándole.)

JUANA. Ahora si me ve
me muerde él á mí!

FERN. En efecto:
viene furioso de rabia! (Riéndose.)

JUANA. Rabia? Piés para qué os quiero!
(Váse corriendo por la izquierda.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, luégo EMILIO y despues LEONCIO por la derecha con una carta.

FERN. Emilio?... Emilio?... (Le llama.)

EMILIO. (Entrando muy descompuesto con las manos atrás.
Fernando!...
Adios!

FERN. Pero hombre, qué es eso?

EMILIO. (Volviéndose un poco para que le vea Fernando con el pantalon roto.)
Esto? Mira!

FERN. Já! já! já!

EMILIO. Te ries?

FERN. Bueno te han puesto!

EMILIO. Adios.

FERN. Pero dónde vas?

EMILIO. Al tren; yo no me detengo
aquí ya ni dos minutos.
En dónde así me presento?
Esa chica es un diablillo
con faldas!

FERN. Hombre!...

EMILIO. Y te advierto
que te guardes de ella. Así...
con su carita de cielo
y su inocente candor
sabe más que un libro viejo!

FERN. Pero ella qué culpa tiene?

EMILIO. Ella fué quien llamó al perro!
Adios!

FERN. Pero hombre, repara...
EMILIO. Adios! allá nos veremos!
Bruto!
(Tropieza con Leoncio que entra con una carta. Váse por la derecha con las manos atrás.)

ESCENA IX.

FERNANDO, LEONCIO. Luégo JUANA, asomando la cabeza por entre la colgadura de la puerta izquierda; despues el Sr. RAMON, por la derecha.

LEONCIO. Gracias! Y por poco
me rompe dos ó tres huesos!
JUANA. Se ha marchado? (Asomándose.)
FERN. Qué! ni un galgo
le cóge ya!
LEONCIO. Voy adentro
á dar á la señorita
esta carta.
JUANA. Trae. (Desaparece.)
LEONCIO. Bueno.
Pues con permiso de usía!
Perdone usía... hasta luégo.
RAMON. (Dentro.) Don Emilio!
(Aparece en la puerta de la derecha. Leoncio le deja pasar y despues se retira.)
Qué le pasa
que va echando chispas?
FERN. Creo
que ha recibido... un aviso
y se marcha.
RAMON. Mas qué es ello?
FERN. Ruego á usted que le dispense.
RAMON. Bien está: mas no comprendo!...
CARMEN. Jesús!
(Dando un grito dentro. Breve pausa.)
RAMON. (Escuchando.) Me pareció oir...
FERN. (Id.) Ha sido en ese aposento.

ESCENA X.

FERNANDO, RAMON, CÁRMEN, saliendo por la izquierda muy aterrada con una carta en la mano. Detrás JUANA.

CARMEN. Fernando!... Padre!...
RAMON. (Con temor.) Qué tienes?
Habla, hija mia!
CARMEN. (Con vivo pesar.) No puedo!...
Lea usted.
(Da la carta á su padre y se deja caer llorando en brazos de Juana.)
RAMON. Qué es lo que miro!
(Viendo la carta.)
Marqués, la condesa ha muerto!
FERN. Qué?
(Con sorpresa. Momentos de expresivo silencio.)
RAMON. Hija mia!...
(Acercándose á consolar á Cármen.)
JUANA. Cármen!...
FERN. Cármen!...
CARMEN. Fernando!... (Se sienta.)
FERN. Su sentimiento
es natural: llore usted,
que ese tributo debemos
pagar á los que nos dejan
tan cariñosos recuerdos.
—Es preciso prevenir
á Emilio: en este momento
parte para Spá y conviene
que sepa...
RAMON. Sí, sí, volemos
en su busca, ántes que salga
el tren que ahora llega.
(Cogiendo el sombrero que al entrar dejó en una silla.)
FERN. (Vuelvo
en seguida!) (Á Cármen.)
RAMON. Tú acompaña
á tu hermana. (Á Juana.)

(Vánse Fernando y Ramon por la derecha.)

JUANA. En tu aposento
quizá estarías mejor.
Vamos, Cármen.

CARMEN. No; me encuentro
bien aquí.

JUANA. Como tú quieras.

CARMEN. Déjame sola un momento.

JUANA. Por qué, hermana?... te incomodo?

CARMEN. No, pero... yo te lo ruego!

(Váse Juana por la izquierda. Cármen queda un momento abatida y silenciosa.)

ESCENA XI.

CÁRMEN.

Oh! trastornan mi razon
mi dolor y mi sorpresa!
La muerte de la Condesa
me ha herido en el corazon!
(Breve pausa.)
Vivir aquí oscurecida
sin que ya más mundo vea
que esta casa y esta aldea
donde me falta la vida!
No podré ya! Mi ilusion
tiene otro afan, otro anhelo!
Ave que tendió su vuelo
cómo vuelve á la prision? (Pausa.)
Sin loca ambicion dormía
en este recinto amado,
como arroyo sosegado
que entre las flores corría.
Su curso hicieron cambiar
por darle más poderío,
y ya el arroyo fué rio,
y fué torrente y fué mar!
Y hoy que en él luchando á solas
pierdo mi ánimo sereno,
quieren que le ponga freno
cuando me arrastran sus olas!

Se puede el curso cambiar
del arroyo sosegado,
el torrente desbordado
no hay quien le pueda atajar! (Pausa.)
Oh! Si Fernando me hiciera
su esposa! si mi pasion
lograse! si esta ilusion
ver realizada pudiera!...
(Animándose con esta esperanza.)
Sí! lucharé con afan!
Sin su cariño profundo
ya qué me queda en el mundo?
Qué me queda? Quién! (Julian!)
(Volviendo la cabeza al sentir los pasos de Juliza, que entra por la derecha.)

ESCENA XII.

CÁRMEN, JULIAN.

CARMEN. (Él!)
JULIAN. Me vengo á despedir.
CARMEN. Te vas? (Con frialdad.)
JULIAN. Lo quiere la suerte;
pero... ya ves; vengo á verte
al momento de partir.
Ni te conservo rencor
ni me doy por ofendido,
que si fué grande tu olvido
aún más grande fué mi amor.
Dios cierre la cicatriz
cuyo dolor aún me acosa,
y te haga á tí tan dichosa
como me has hecho infeliz!
CARMEN. Pero, Julian... á qué viene
ese arrebato? Qué idea!
JULIAN. No, Cármen, no; ya en la aldea
ningun lazo me detiene.
Á qué aumentar mis pesares?
Muerta ya la madre mia,
tan sólo tu amor podría
sujetarme á estos lugares;

y pues tambien lo perdí
rompo este encierro profundo:
quizá el bullicio del mundo
me haga olvidarme de tí.

CARMEN. Vas?...

JULIAN. Á Madrid: allí voy
sólo en busca del olvido.
Á qué estar oscurecido
cuando rico y libre soy?
Aquí en el pueblo no hay nada
que aumentando mi dolor
no me recuerde tu amor
y nuestra dicha pasada.
El cielo azul, la llanura,
que hoy al verla palideces,
ese sol que tantas veces
alumbró nuestra ventura;
cuanto á ver la vista alcanza;
ya una fuente, ya una peña,
esa campiña risueña
como mi antigua esperanza;
mi casa, sagrado lazo
que deshacer quiso Dios,
donde mi madre á los dos
nos mecía en su regazo,
y con cuentos que fingía
por calmar nuestros excesos,
entre caricias y besos
en su seno nos dormía;
aunque pasó dicha tal,
¿cómo se olvida ese amor
cuando ha nacido al calor
del regazo maternal?

CARMEN. Julian!...

JULIAN. (Dominándose y como arrepentido de lo que acaba de decir.)
Oh! pero he podido!...
—Entre mil dudas me pierdo!—
He despertado el recuerdo
al ir buscando el olvido!
Y á pesar de mi dolor,
ojalá la córte á mí

me haga olvidar como á tí
toda mi vida anterior!
Mucho, mucho te he querido!...
y en cambio de haberte amado,
en Madrid me has despreciado
y hasta me has desconocido.
Así has querido premiar
á quien te dió todo el ser!...
ya no te puedo querer,
quizá te pueda olvidar.
Rechazaste ser mi esposa
al verme oscuro, ignorado,
y quién sabe si á mi lado
hubieras sido dichosa!
Tuyo era mi amor profundo;
mi pasion inmensa y pura!
si eso no da la ventura,
quién es feliz en el mundo?

CARMEN. Julian!...

JULIAN. No: ya entre los dos
este amor no habla en mi abono;
te he querido... y te perdono!
Adios para siempre... adios!
(Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

CÁRMEN, luégo FERNANDO por la derecha, y despues JUANA por la izquierda.

CARMEN. Si miro triste y sin calma
su amargura y su dolor,
por qué no encuentra su amor
eco ninguno en mi alma? (Breve pausa.)
Qué es esto? Será que quiero
á Fernando en realidad?
Sí, sí! ya no es vanidad;
ya es un amor verdadero!
Por orgullo y no pasion
nació el amor que me inflama!
jugué con fuego... y su llama
hoy me abrasa el corazon!

(Luchando con la duda.)
Mas... Fernando me ama?... Sí!
mucho su amor me interesa.
(Aparece Fernando.)
Si no... muerta la Condesa
á quién recurrir?

FERN. Á mí!

CARMEN. Me oías?...

FERN. Lo da á entender
mi respuesta breve y clara.

CARMEN. Fernando!...

FERN. Mi amor te ampara:
nada tienes que temer.
No estarás oscurecida
en esta mísera aldea:
que aún existe quien desea
hacer dichosa tu vida.
Te haré gozar y sentir
la inmensa dicha de amar!
para tí será anhelar
lo mismo que conseguir!
Tus deseos más pequeños
en tus ojos leeré
y en realidad trocaré
tus más recónditos sueños!
Serán tus horas tranquilas
si á mi empeño no resistes.
Seca esas lágrimas tristes
que tiemblan en tus pupilas.
Siempre perlas tu afan toca
con placer ó con enojos,
cuando lloras... en tus ojos,
cuando ries... en tu boca!

CARMEN. Me amas de veras, Fernando?

FERN. Oh, sí!

CARMEN. Tu esposa me harás?

FERN. Sí; lo serás... lo serás:
yo te lo prometo.

CARMEN. Cuándo?

FERN. Pronto: salgamos de aquí.

CARMEN. Pero aún insistes?...

FERN. En todo!

Ese es el único modo!

CARMEN. (En cariñoso tono de súplica.)
Nunca! Qué logras así?

FERN. Qué? No dar publicidad
á este amor con gente extraña.
Solos... y lejos de España...
qué mayor felicidad?
Al ocultar que te adoro
sé que tu dicha preparo;
y qué mucho que el avaro
quiera ocultar su tesoro?

CARMEN. Basta... basta, por favor!
fuera un crímen... no lo admito!

FERN. Ni es un crímen... ni hay delito
que no disculpe el amor!

CARMEN. Aunque de fuego mi afan
hiela el deber este anhelo!

FERN. Pronto se derrite el hielo
sobre el cráter de un volcan!

CARMEN. Amor que mata el honor
es más bien pasion bastarda!

FERN. Amor que así se acobarda...
ese sí que no es amor!

CARMEN. Dirá el mundo que ha manchado
mi nombre un crímen profundo!

FERN. Quien ama... todo su mundo
lo cifra en el ser amado!

CARMEN. Es fuerte la obligacion!

FERN. Mas lo es el amor tal vez!

CARMEN. Tiene trabas la honradez!

FERN. Mas las rompe la pasion!

CARMEN. Prefiero morir mil veces!

FERN. Vida mi amor te dará!

CARMEN. Fernando!

FERN. Ven!

CARMEN. Basta ya!
me enloqueces... me enloqueces!
(Aparece Juana en la puerta.)

FERN. Sígueme: serás mi esposa;
más lejos, en otro suelo;
yo no tendré más anhelo
que verte alegre y dichosa.

Y solos, con nadie en guerra,
en mi ardiente frenesí
yo haré un cielo para tí
sin que lo sienta la tierra!

CARMEN. No; no me quieras perder!

FERN. Cármen!...

CARMEN. Cese tu egoismo,
que me arrastras á un abismo
y no me sé contener!
Pienso en mi padre engañado:
en tu pasion, en mi afan;
y arde en mi frente un volcan
que ya ruge encarcelado!
Esto me hace estremecer!
que si estalla, en su explosion
ó va á matar mi pasion
ó va á matar mi deber!

FERN. Elige, sin más cuidado,
lo que tu pecho desea:
ó la desgracia en tu aldea
ó la ventura á mi lado.
Yo te ofrezco mi pasion,
y hallando en tí digno empleo
cuanto anhele tu deseo...
cuanto sueñe tu ambicion!

CARMEN. Oh! no! (Luchando con su idea.)

FERN. Sígueme!

CARMEN. Piedad!

FERN. No se obstina quien bien ama!
Adios! (Despidiéndose.)

CARMEN. Fernando!...

FERN. (Me llama...
Ya es mia!)

CARMEN. Por caridad!

FERN. Elige ya por favor!
decide lo que ha de ser!
Mi cariño!

CARMEN. Mi deber!

FERN. Piensa en mí!

CARMEN. Piensa en mi honor!

FERN. La noche nuestra vehemencia
protege con denso velo!

CARMEN. Más sombras que en ese cielo
estoy viendo en mi conciencia!

FERN. Basta de vacilacion:
por nuestra dicha luchamos!
Por última vez!

CARMEN. Oh!

(Dando un paso hácia él.)

FERN. Vamos!!

(Juana aparece en medio de los dos; Cármen, al verla da un grito y retrocede, cubriéndose el rostro con las manos.)

CARMEN. Juana! (Juana!... Oh!)

FERN. (Maldicion!)

(Pausa. Momentos de expresivo y doloroso sentimiento. El primer grito de «Juana» es de sorpresa, el segundo de remordimiento.)

ESCENA XIV.

DICHOS, JUANA.

UANA. (Con sentida y digna expresion.)
Desde mi edad más temprana
en estos campos crecida,
ni yo conozco otra vida
ni soy más que una aldeana.
Y las que á la córte agenas
han nacido entre estas mieses,
no aprenden á ser corteses,
pero aprenden á ser buenas!
Que en este pobre rincon,
entre luz, aire y aromas,
el ambiente de esas lomas
purifica el corazon!
Mi hermana es así, marqués!
Si acaso un mal pensamiento
ha logrado que un momento
se olvidára de quien es,
es... de esta aldea: su norte
cifra en el campo y las rosas...
y no entiende de esas co sas
que se usan tanto en la córte!

Se debe á sí y á su padre;
y en la inquietud que la abrasa,
ella sabe que esta casa
fué la casa de su madre!
(Cármen llora.)
Al morir, con ansiedad
á la par que la bendijo,
«Sé honrada y buena» la dijo:
fué su última voluntad! (Con energía.)
Si ántes de nacer tal vez
—y no son vanas patrañas—
bebimos en sus entrañas
la virtud y la honradez!
(Al Marqués con dignidad.)
Salga usted. Qué más desea?
(Á Cármen.)
Nuestra madre está escuchando!

CARMEN. (Con sentida y viva expresion.)
Oh! sí! salga usted, Fernando!

FERN. Usted lo quiere?

CARMEN. Sí.

FERN. Sea.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XV.

JUANA, CÁRMEN.

CARMEN. (Echándose en sus brazos llorando.)
Ay Juana!

JUANA. (Animándola.) Calma ese afan!
Al fin has triunfado! Ahora...
llora, hermana mia, llora;
aquí mis brazos están!

CARMEN. Por Dios!...

JUANA. Cese el desconsuelo!

CARMEN. Que no lo sepa mi padre!

JUANA. Ahora sí que nuestra madre
te bendice desde el cielo!
Bah!... no llores ni te asombres;
si eres buena, criatura!
Que bien dice el señor cura;

el demonio son los hombres!
Ya verás qué pronto olvidas!...
aún lloras?... Cese el quebranto!...

CARMEN. Siempre se riegan con llanto
las ilusiones perdidas!

JUANA. Sí serás feliz aquí!
Ya verás... los tres solitos!...
Todos esos señoritos
no valen... ni tanto así!
Poco hacer; mucho charlar;
mucho fraque; ya están buenos!
(Señalando respectivamente la cabeza y el corazon.)
poco de acá! de aquí ménos!
y pare usted de contar!
Y te juzgas desgraciada
por eso! Bah! ya se fué!

CRRMEN. Silencio! Padre...

JUANA. Pues qué?
Si aquí no ha pasado nada!

ESCENA XVI.

DICHOS, el SEÑOR RAMON por la derecha.

CARMEN. (Viendo entrar á su padre y echándose en sus brazos.)
(Oh!) Padre mio!

RAMON. Qué es eso?
Hija... qué tienes?

JUANA. (Interponiéndose.) Pues nada!
Qué ha de ser! Una niñada
que concluye con un beso!
(Dominando la situacion.)

RAMON. Más lloras?...

JUANA. Se figuró
que aquí felíz no sería,
porque...

CARMEN. No, padre!

RAMON. Hija mia!...

JUANA. Pero ya todo pasó!
Verá usted cómo la vemos

feliz, sin pompa ni ruido,
aquí donde ella ha nacido;
donde todos la queremos!
Si este lugar es bendito,
si aquí duerme nuestra madre!
Ya lo creo; y cuando padre
se haga el pobre viejecito,
dándole gracias á Dios
al contemplar su ventura...
verás con cuánta ternura
le cuidaremos las dos!
Y de su amor al reflejo
bendeciremos sus canas!

RAMON. Eso! sí! ya tengo ganas
de ser muy viejo! muy viejo!

JUANA. Cuando en la conciencia impera
sólo el deber... qué alegría!
No queramos, Cármen mia,
salir más de nuestra esfera!

FIN DE LA COMEDIA.

Aurelio González y Rendón

M[illegible]CO EN PROSA

PIRAD[illegible]

ZUEL[illegible]

Pepe

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PROPIEDAD
MADRID

EXPRESAMENTE PARA EL

ÓMICO **D. Joaquín del Valle,**

ÉXITO LA NOCHE DE SU BENEFICIO

[illegible]ATRO CERVANTES DE SEVILLA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

13